

**Discipulado de la Palabra**  
**La experiencia del Resucitado con el Evangelio de Juan**  
**(Cuarta semana de Pascua)**



(Vicky Watkins, "Don't Fence Me In", óleo sobre lienzo 2010)

“Mis ovejas escuchan mi voz;  
yo las conozco y ellas me siguen”  
(Juan 10,27)

**Cuarta semana de Pascua**  
**LUNES**

---

**Conocer al Pastor mediante la escucha asidua de su Palabra**

Juan 10,1-10

“Las ovejas le siguen porque conocen su voz”

Ayer domingo escuchamos la alegoría del Buen Pastor. La liturgia nos propone para hoy la primera parte de esta preciosa página del Evangelio.

(Lo he comentado de forma extensa en: <http://www.homiletica.org/fidelonoro/fidelonoro0115.pdf>)

Detengámonos en esta ocasión solamente en la frase “Las ovejas le siguen porque conocen su voz” (Jn 10,4; cf. 10,27).

“Escuchar” quizás sea un verbo que para algunos diga poco. Ante la abundancia de información que caracteriza nuestra época andamos muy habituados a pasar de una información a otra sin dejarnos permear de lo que nos llega. En la Biblia, por el contrario, es una actitud tan importante que no se refiere solamente al oído: se escucha el mensaje escondido en lo que vivo o en lo que me transmite la sonrisa de una persona; se escucha al propio corazón, se perciben los sentimientos que se agitan dentro de nosotros; se escucha incluso el silencio hasta el punto de que se llega a descubrir su elocuencia (como Elías en 1 Reyes 19,12).

En la alegoría del Pastor, Jesús llama la atención sobre un tipo de escucha particular: la atención a su voz, la capacidad de identificarla de tal manera que se puede “reconocer” en cualquier circunstancia y distinguirla de “la voz de los extraños” (Jn 10,4-5). Se trata de una escucha que permite que ese timbre particular despierte el corazón y le anuncie la llegada de una presencia; esto es mucho más que una palabra que estimula el oído y el intelecto, en realidad es una invitación a una relación.

En el evangelio de Juan esto tiene un alcance grande, porque Jesús mismo es la Palabra, él es el Verbo hecho carne que ha venido para introducirnos en ese diálogo de amor que tiene su origen en el Padre y al que nos conduce el Espíritu Santo por medio Jesús “camino”. Cuando se entra en el ámbito de las relaciones, la Palabra o es rechazada o es acogida como una globalidad en la que todo es relevante, porque no se trata de un conjunto de ideas sino de un “alguien” en quien Dios nos ha dado a conocer todas las cosas. Por eso el cristianismo no es una religión del “Libro”, aunque no se desconoce que este libro contiene la Palabra de Dios y que es necesario frecuentarlo todos los días.

En el evangelio de Juan, “escuchar” es el fundamento del “creer”. Creer es adherir a una Persona que viene a nuestro encuentro de diversas maneras que para nosotros se hacen elocuentes en la medida en que reconocemos en ellas su presencia, “escuchamos” su voz y le seguimos.

¿En que consiste, entonces, escuchar la voz del Pastor? Por lo que hemos visto no tiene que ver con la recepción material de su voz sino con su contenido que es la Palabra que llega hasta lo hondo de nosotros y nos inquieta. Esto es lo que lleva a cabo el ejercicio de la *Lectio Divina*, que promovemos todos los días por medio de estas sencillas aproximaciones al evangelio. Uno busca un espacio de tranquilidad, ojalá un lugar (aunque sea un rinconcito) apartado y silencioso, invoca el Espíritu Santo y después escucha reposadamente la Palabra que viene leyendo. Aquí se hace un pequeño esfuerzo para que la Palabra no caiga como agua sobre plumaje, para que la atención a la Palabra (que es tensión del corazón a la presencia viviente que me la dirige) irrigada por el Espíritu Santo, pueda penetrar en mi conciencia, en mis puntos de vista, en mi sistema de principio y valores, en la galaxia de mis relaciones, mi búsqueda de Dios.

Al interior de la escucha ocurre el “conocimiento”; escuchamos para conocer y conocemos para amar. El “conocer” también es más un ejercicio del corazón que de apropiación o acumulación mental de datos. Al dejar que la Palabra entre de esta manera, uno comienza realmente a conocer al Señor. Como dice san Gregorio Magno, uno conoce el propio corazón y el Señor lo conoce a uno en el sentido de que lo deja libre para que entre, provoque, posea. El “seguimiento”, o sea, la vida moldeada por su Palabra, es lo que viene enseguida, como consecuencia.

***Para cultivar la Palabra en lo hondo del corazón:***

1. Leer de nuevo Jn 10,4-5: “Las ovejas le siguen porque conocen su voz. En cambio, no seguirían la voz de los extraños; huirían de él, pues las ovejas no conocen la voz de los extraños”. También Jn 10,27: “Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas me siguen”. ¿Cómo se entiende el “escuchar” y cómo se conecta con el “conocer” y “seguir”?
2. ¿Me considero un buen oyente de la Palabra? ¿A que debería ponerle cuidado en mis hábitos de lectura para que esta “escucha” sea como la que el Señor quiere de mi?
3. ¿Lo que dirige realmente mi vida es el seguimiento de Jesús? ¿En estos últimos días que nuevos pasos he dado a partir de la escucha de la Palabra?

“Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera;  
brillaste y resplandeciste, y fugaste mi ceguera;  
exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti;  
gusté de ti, y siento hambre y sed;  
me tocaste y abraséme en tu paz”  
(San Agustín)

## Cuarta semana de Pascua MARTES

---

### En las manos seguras del Pastor

Jn 10,22-30

“Nadie las arrebatará de mi mano... Nadie puede arrebatarse nada de la mano del Padre”

La figura del Pastor sigue presente en el Evangelio que leemos este día, su manera de cuidar el rebaño es revelador de su identidad mesiánica y divina.

#### *Una pregunta decisiva*

Los que han escuchado la enseñanza de Jesús (Jn 10,1-18) no han quedado tranquilos, por eso abordan a Jesús en el pórtico del Templo de Jerusalén para exigirle que declare abiertamente cuál es su identidad: “Si tú eres el Mesías, dínoslo abiertamente” (Jn 10,24). Jesús les responde apelando de nuevo a lo que le han visto hacer en medio de la gente y que es similar a lo que un Pastor hace con su rebaño, ahí deben buscar la respuesta y aceptarla. Hay que observar lo que Jesús “hace” para que podamos hacernos una idea correcta acerca de él: las obras que realiza en nombre del Padre testimonian su identidad mesiánica.

#### *El criterio distintivo*

Como se vio en la alegoría del Buen Pastor, uno de los rasgos distintivos del pastor es su sintonía con las ovejas; ahora Jesús la recalca. El impostor puede tratar de imitarlo pero las ovejas no se dejan engañar. El verdadero pastor logra ser escuchado, las ovejas lo siguen y confían en él: “Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas me siguen” (Jn 10,27). Este “mis ovejas”, tan entrañable, es importante; no se trata de una posesión avara sino sentido de pertenencia que proviene de una mutua entrega en el amor tal como la evoca la alianza de Dios con su pueblo. La oveja es acogida, recibida, apropiada por Jesús, quien se hace responsable de la vida que es confiada a su mano: “Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano” (10,28).

#### *El conocer debe llevar al creer*

Pero no es suficiente con esta revelación de parte de Jesús, se necesita un elemento esencial: que nosotros le creamos. Esta respuesta está reservada a quien pertenece al Buen Pastor: aquellos que se han dejado conocer por él también son capaces de conocer su identidad más profunda y dar el paso de la fe.

Precisamente porque es en la libertad, que es el ambiente propio en que puede darse el amor, se puede creer o no creer. Los judíos (aquí el término indica los líderes religiosos) aquí aparecen como los que no creen en Jesús porque no logran captar su identidad divina (Jn 10,25: “No me creéis”), más bien lo declaran un rival de Dios y, como era de esperarse, también de ellos. Los líderes judíos pueden valerse de la persuasión o de la persecución para ser escuchados, pero no lograrán atraer hacia ellos a los discípulos de Jesús.

La frase Jesús genera un grave conflicto. Por una parte los Judíos encuentran una razón para justificar su deseo de destruir a Jesús y dispersar a sus seguidores. Desde su punto de vista se trata de un asunto grave: ¿Jesús es de verdad el Hijo de Dios? Los judíos lo acusan de auto proclamarse divinidad. Pero por otra parte, la verdad resulta ser otra, la verdad es que en Jesús Dios se hace hombre y en todas las acciones de Jesús, Dios Padre extiende su mano sobre todas las personas para cuidar de ellas.

*El creer nos lleva a conocer la gran revelación*

¿Cuál es el fundamento de esta certeza? Es sencillo: el Padre. El Padre es más grande que todos (10,29). La frase que Jesús usa es una expresión muy significativa: “Yo y el Padre”, para indicar que actúan como si fueran una única persona (Jn 10,30). Decir esto ante las autoridades religiosas de Israel suena para ellos gravísimo, ellos lo consideran una blasfemia u ofensa a Dios. En cambio para los discípulos de Jesús se trata de una certeza que resume bien toda la enseñanza del Maestro.

Volviendo a la cuestión inicial “Eres tú el Mesías” (10,24), podemos apreciar la fuerza de las palabras: “es que no me creéis” (10,25). Para creer se necesita de voluntad, lo mismo que para amar. Las evidencias están expuestas ante los ojos en todo lo que Jesús hace por nosotros. Pero los líderes judíos, que representan aquí a los que no quieren creer, no aceptan en Jesús al guía prometido por Dios para conducirnos a los pastos de la vida eterna; no quieren aceptar sus obras buenas hechas a favor de los más desafortunados y débiles; no quieren escuchar su voz y, por tanto, conocerlo; pero aún, ciegos por los celos porque ven a Jesús a uno que atrae a la gente más que ellos, acuden a las persecuciones para tratar de arrancar de sus manos a aquellos que le han dado atención a su enseñanza y se han abandonado en él.

*Seguros y confiados en las manos de Jesús*

La otra cara de la moneda está en la conclusión: nadie podrá arrancar de las manos del Buen Pastor quien confiesa la fe en el único Dios, quien le ha entregado su vida, quien está dispuesto para anunciar y testimoniar su presencia viva y benéfica en el terreno concreto de su cotidianidad. “Nadie las arrebatará de mi mano... Nadie puede arrebatarnos nada de la mano del Padre” (10,28.29).

***Para cultivar la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón:***

1. ¿En qué nos apoyamos para saber con certeza que Jesús es el Mesías?
2. Según la enseñanza de Jesús, ¿por qué unos creen y otros no?
3. ¿Qué me inspiran las palabras de Jesús “nadie las arrebatará de mi mano”? Si Jesús se refiere a los creyentes como “mis ovejas”, ¿cómo puedo corresponderle al sentido de responsabilidad que él declara sobre mi vida?

A veces nos cansamos cuando no vemos en las otras personas las reacciones de fe que esperamos, ¿verdad? Al respecto San Francisco de Sales nos da una enseñanza:

*“Sólo continuemos cultivando bien,  
porque no hay tierra que sea tan ingrata  
que el amor del cultivador no fecunde”*

## Cuarta semana de Pascua

### MIÉRCOLES

---

#### **Ante Jesús hay que tomar una decisión:**

o se le acepta o se le rechaza

Juan 12,44-50

“Yo he venido al mundo para que todo el que cree en mí no siga en las tinieblas”

Leemos hoy el pasaje conclusivo de la primera parte del Evangelio de Juan (que abarca los capítulos 1-12: la revelación de Jesús Verbo a través de signos). Aquí encontramos, en labios de Jesús, un resumen de los principales temas expuestos.

Estamos un texto solemnísimo. Llama la atención la manera de hablar de Jesús: grita y lo hace con la autoridad de quien ya está exaltado en la gloria. Desde allí, confrontando con su destino personal el destino de todos los hombres de la tierra.

En el centro de todo está la persona de Jesús, quien ha revelado ampliamente a través de sus obras y palabras el misterio escondido de Dios Padre y deseo inmenso de salvar a la humanidad entera. Su revelación requiere la fe: la única respuesta adecuada ante semejante revelación es el “creer”. Nadie que se abra a la luminosa revelación de Jesús se quedará sin recibir un influjo vital.

Sigamos la dinámica del texto:

#### **1. El gran horizonte de la revelación de Jesús: la comunión del Padre y el Hijo (12,44-45)**

La estrecha relación del Padre y del Hijo, su inefable amor, se han hecho visibles al mundo por medio del Verbo Encarnado. De nuevo hoy (como ayer) encontramos un paralelo entre “ver” y “creer”: quien “ve”-“cree” en Jesús en realidad está “viendo”-“creyendo” en el Padre, quien subyace en él como Aquel que lo ha “enviado”.

#### **2. El misterio se revelado “ilumina” la existencia de quien se abandona a Jesús mediante la apertura total del “creer” (12,46)**

El creyente es una persona “iluminada” por el fulgor de la gloria del Verbo (ver 1,14). Jesús-Luz penetra amablemente en lo más recóndito de la vida humana que le permite entrar. Entonces las tinieblas se transforman y se camina (=seguimiento) en el proyecto de vida de Jesús: “*Yo, la Luz, he venido al mundo para que todo el que crea en mí no siga en las tinieblas*” (14,46).

Pero por ahora estamos en la propuesta. Jesús enseguida urge la respuesta.

#### **3. En el optar por Jesús o el rechazarlo nos jugamos la vida (12,47-48)**

El “creer” tiene que concretarse en la “escucha” de la Palabra y su consecuente puesta en “práctica”. Jesús enuncia esto en positivo (12,47) y en negativo (12,48) como las únicas dos alternativas posibles.

Cualquier camino que se escoja tiene una consecuencia: el “creer” lleva a la “salvación” y el “rechazar” (a Jesús) lleva al “ser juzgado”.

El querer de Jesús es la salvación.

#### **4. La finalidad última de la misión de Jesús es darnos vida, de calidad y eterna (12,49-50)**

El mandato del Padre a Jesús “*es vida eterna*”. Todas las palabras y acciones de Jesús a favor de la gente es el ejercicio obediente de esta tarea. Todo el que entre en contacto con Jesús será siempre vivificado.

Jesús insiste en que ha sido fiel a su misión: “*lo que yo hablo lo hablo como el Padre me lo ha dicho a mí*”. Enseguida, en la segunda parte del Evangelio de Juan (capítulos 13-21) veremos hasta dónde es capaz de ir esta obediencia.

#### ***Cultivemos la semilla de la palabra en lo profundo del corazón***

1. ¿Qué revela Jesús “Palabra encarnada” a través de todas sus palabras? ¿Qué debe buscar detrás de cada pasaje del Evangelio?
2. El bautismo es una iluminación de la vida. ¿Qué es ser iluminado por Jesús? ¿Qué relación tiene con el seguimiento del Maestro?
3. ¿Mi opción por Jesús es firme y responsable, esto es, ejerzo mi fe en el arraigo cotidiano de las palabras de Jesús en el Evangelio? ¿Mi obediencia a la Palabra es similar a la de que Jesús tenía con la Palabra de su Padre?

**Cuarta semana de Pascua**  
**JUEVES**

---

**Sentarse en la mesa con Jesús implica identificarse con Él**

Juan 13,16-20

“Quien acoja al que yo envíe me acoge a mí”

Comenzamos la lectura de la segunda parte del Evangelio de Juan, la cual leeremos prácticamente en su totalidad (los pasajes que no aparecerán, ya fueron leídos en semanas anteriores).

Hoy nos situamos en la mesa de la última cena de Jesús con sus discípulos. Esta mesa es lenguaje elocuente de “comunión”. En torno a ella Jesús va a hablar de sus relaciones: con el Padre, con los discípulos, con sus adversarios. Todos los discursos que vamos a abordar se refieren al cómo tejer la relación con Jesús, como avanzar en su amor.

El hecho de que en torno a la mesa estén los Doce, es un llamado de atención para los animadores de las comunidades. La tarea principal de un pastor es la animación de las relaciones de cada uno de sus hermanos con Dios (el crecimiento en la fe) y de los hermanos entre sí (la vida comunitaria mediada por la caridad y el servicio).

Las primeras expresiones de las instrucciones de Jesús a sus discípulos están en el discurso silencioso pero elocuente del lavatorio de los pies: el Maestro les dice de qué tipo es la relación que Él entabla con los suyos. Jesús define su relación a partir del servicio, pero no el servicio frío de que simplemente cumple funciones, sino el servicio de que “purifica” al otro a fuerza de amor y lo “involucra” (de forma bautismal: lo sumerge) en su propia existencia.

A partir de este momento, en las palabras siguientes de Jesús, comienzan a aparecer los términos de la mutua vinculación de los discípulos con Él y entre ellos:

(1) **El “servicio”**. Las relaciones en la comunidad se definen a partir del lavatorio de los pies (13,16-17; ver desde el v.15).

(2) **El “conocimiento”**. Jesús “conoce” a quienes ha elegido (13,18a). Las relaciones se profundizan y se hacen sólidas por la ruta de este conocimiento.

(3) **El ser el uno para el otro “rostro” de Cristo, así como Jesús es “rostro” del Padre** (13,20)

Pero no falta el contraste que hace todavía más luminoso el mensaje. Justo en medio de la enseñanza se menciona al traidor: aquél que tejió relaciones mentirosas dentro de la comunidad (por eso la cita del Salmo 41,10). La sinceridad en la relación es esencial para que ésta sea fuente de crecimiento y no de dolor.

Al citar el Salmo 41,10 (“*El que come mi pan ha alzado contra mí su talón*”) Jesús se reviste con la figura de un inocente perseguido. Abrirnos a una relación es hacernos vulnerables. Será el riesgo que correrá Jesús y que lo llevará finalmente a la muerte.



Pero en su increíble humildad, Jesús no se retrae ante el misterio de la doblez y de la traición humana (porque se le hace más daño a quien mejor se conoce); más bien, por el contrario, consigue entrar por esta fractura de la mezquindad humana en la situación que ha venido a redimir. Por eso en medio de la traición se revela la grandeza del “**Yo Soy**” (13,19).

***Cultivemos la semilla de la palabra en lo profundo del corazón***

Comienza la lectura pascual más profunda: el discurso de despedida de Jesús (Juan 13-17). El texto de hoy nos prepara para la escucha de este texto inmenso (en todos los sentidos).

1. ¿Por qué la Biblia le da tanta importancia a la “mesa” y a la “cena”? ¿Cuáles son los espacios que hoy privilegiamos para entablar relaciones?
2. ¿Cuáles son las características de una relación “a la manera de Jesús”?
3. ¿Por qué se menciona la traición de Judas? ¿Sobre qué me advierte?

## Cuarta semana de Pascua

### VIERNES

---

#### Jesús Resucitado nos invita a su casa

Juan 14,1-6

“Volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros”

Comenzamos una nueva etapa en nuestro itinerario bíblico, la última, nuestro caminar pascual con Cristo resucitado. Por eso, a partir de hoy, leeremos una de las secciones más bellas del evangelio de Juan: el “discurso de despedida de Jesús” que se encuentra en los capítulos 14 al 17 de este evangelio.

Del rostro del pastor enamorado pasamos ahora a la descripción de vida de su amor por los suyos y a la exposición amplia de la manera como teje una profunda relación. Estamos ante un discurso de Jesús extenso pero profundo y emocionante.

#### *El contexto*

Para entender mejor el texto reconstruyamos brevemente la situación. Jesús les ha anunciado a sus discípulos que se irá y que la comunión de vida, la convivencia, la amistad sostenida durante tres años entre ellos llega a su fin con la muerte en la cruz, ya no lo verán, y perdonen la redundancia, visiblemente.

La nostalgia surge entonces como un sentimiento cruel que aprieta la garganta. La primera reacción de los discípulos deja entrever que, según ellos, el seguimiento estrecho del maestro, la amistad sabrosa con él, no habría sido más que algo pasajero que queda para el recuerdo una vez que la muerte se interpone en medio del amor y separa para siempre a los que se han amado intensamente.

Por eso a la hora de la despedida, en medio las lágrimas, tratando de aprovechar con intensidad los últimos instantes que les quedan juntos, las palabras de la despedida se van convirtiendo poco a poco en palabras de consolación.

Jesús les explica a sus amigos que no se separa de ellos para siempre sino que su separación marca un giro importante en la vida del discipulado. No se trata del fin sino de un giro importante y decisivo en la manera de seguir a Jesús. Dicho giro tiene como finalidad la creación de lazos de amor todavía más fuertes, profundos e indestructibles que los anteriores.

El pasaje de hoy nos introduce de lleno en este tema. Detengámonos en los tres puntos principales del texto:

#### **(1) Confiar en el Maestro**

Jesús comienza con palabras fuertes: “*No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí*” (14,1).

“*No se turbe vuestro corazón*” (14,1<sup>a</sup>). El término “*turbación*” es elocuente. Para entenderlo remitámonos al pasaje de la muerte y resurrección de Lázaro, donde dice que delante de la tumba de su amigo querido, Jesús “*se conmovió interiormente, se turbó*” (11,33) y enseguida se puso a llorar (11,35). Esta turbación es la sensación previa a las lágrimas, es una conmoción profunda, por eso dice “*del corazón*”. Es la sensación de uno a quien todo se le vuelve oscuro: la pérdida de todas las seguridades. Es una sensación desagradable. Por eso tememos tanto la partida de los seres que amamos.

Un místico lo expresaba de una manera bellísima con relación a Dios: “*Que yo sin ti me quedo, que tú sin mí te vas*”. Seguir viviendo sin el amado es como morir.

Frente a ese sentirse sin apoyo Jesús les ofrece un piso de confianza: “*creéis en Dios, creed también en mí*” (14,1b).

Jesús no será visto más físicamente, por eso da una pista importante: así como Dios no es visible a los ojos mortales, tampoco Él lo será. En otras palabras, así como uno cree en Dios a quien no ve, Dios es invisible, así también hay que creer en él en cuanto Señor resucitado. Jesús y el Padre están al mismo nivel.

El primer paso a dar, entonces, es de la fe como actitud fundamental con la cual los discípulos deben afrontar la separación: “*¡creed!*”. A Jesús y al Padre se les debe el mismo tributo de fe, porque el Padre se deja conocer a través del Hijo y actúa en comunión inseparable con el Hijo.

Al “no ver”, los discípulos deberán apoyarse con una confianza ilimitada en el Padre y el Hijo, construyendo todo sobre ellos, sobre el piso sólido de su comunión eterna. Es en esa comunión eterna que los discípulos ahora deben poner la mirada de fe que le da sentido a sus vidas.

## **(2) Contemplar el Misterio Pascual**

Esta nueva forma de comunión es un don de Jesús. Por eso Jesús les pide enseguida que contemplen su obra pascual: “*En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones. Si no fuera así, ¿les habría dicho que voy a prepararles un lugar? Cuando haya ido y les haya preparado el lugar, vendré otra vez para llevarlos conmigo, a fin de que donde yo esté, estéis también vosotros*” (14,2-3).

No es Jesús arreglando un cuarto sino construyendo una casa, así como lo que se aman construyen una casa para vivir juntos.

Hay tres pistas importantes:

- Para Jesús, la muerte es un retorno a la casa del Padre (ver también 13,1). De esta manera, exaltado y glorificado, él estará para siempre en la comunión perfecta con el Padre.
- Jesús había explicado su muerte y su resurrección desde el comienzo del Evangelio en la expulsión de los vendedores del templo diciendo que destruiría el templo destruido por hombres y lo reconstruiría en tres días, anota el evangelista: lo decía refiriéndose a su propio cuerpo. Entonces Jesús resucitado es la nueva construcción, el nuevo Templo en cual se “habita” en Dios.

- Jesús no es un templo vacío: Él viene, toma consigo a aquellos que han entablado una profunda relación con él y los lleva a la comunión eterna consigo y con el Padre.

La Pascua de Jesús fue la preparación de la “morada”.

### **(3) Hacer el camino para entrar en la “casa”**

Pero el don de Jesús, que se acaba de describir, pide nuestra participación, nuestro compromiso. Y eso es lo que Jesús quiere decir con la imagen del “*camino*”. Hay que ponerse en movimiento por el camino que es Él mismo: sus palabras, sus obras, todo lo que supone la convivencia amiga con él. Esto es lo que los discípulos ya aprendieron en la convivencia terrena con él: “*Yo soy el camino, la verdad y la vida*” (14,6).

Se trata de un camino que conduce a la verdad y a la vida, es decir, al conocimiento pleno del misterio de Dios y cuyo fondo es su rostro paterno. El camino conduce no sólo a un conocimiento sino también a una relación con este Dios descubierto en su tremenda cercanía de Padre, una relación que genera una unión en la cual se genera una vida eterna.

Dejemos que la Palabra nos lleve a la oración:

*“Jesús, ahora sabemos que nada ni nadie nos puede separar de ti. Nada nos puede separar de ti si acogemos el don de tu casa y si aceptamos el reto de caminar en ti hacia la verdad y la vida. Yo sé que sin ti no puedo vivir, pero también sé que gracias a la morada que me has preparado con tu muerte y resurrección, viviré para siempre contigo porque tu voluntad es que allí donde tú estés también estén todos los que tú amas. Y yo sé que tú me amas”. Amén.*

### ***Cultivemos la semilla de la palabra en lo profundo del corazón***

1. ¿De qué sienten miedo los discípulos? ¿Cuál es la raíz de mis temores?
2. ¿Qué relación hay entre la Pascua de Jesús y la preparación de la morada en el cielo?  
¿Es Jesús resucitado el “mundo vital” en el que quiero habitar eternamente?
3. ¿Qué hay que hacer para entrar en la “morada” de Jesús?

*“Nada te turbe,  
nada te espante,  
todo se pasa,  
Dios no se muda.  
La paciencia  
todo lo alcanza.  
Quien a Dios tiene  
nada le falta.  
Sólo Dios basta”*

(Santa Teresa de Jesús)

**Cuarta semana de Pascua**  
**SÁBADO**

---

**Una Escuela de Padres**

Juan 14,7-14

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”

En el itinerario bíblico para el ejercicio de la Lectio Divina, hasta ahora nos hemos dedicado a dar “pistas” para que cada lector aborde el evangelio con buenos elementos. En esta ocasión vamos a concedernos un reposo sabático y probaremos otro estilo más aplicativo: haremos una “Escuela de Padres” con la frase central del pasaje de hoy, es decir, vamos a masticar un poco más el texto en función de la vivencia familiar según el evangelio.

**1. Una súplica intensa: Ver el rostro de un “Padre”**

“*¡Muéstranos al Padre y nos basta!*”, le dice el discípulo Felipe a Jesús, justo en el corazón de los discursos de adiós del evangelio de Juan (14,8). Es como decir: “ya está bueno de signos, de misterios, no nos aplaces más el desenlace de tu revelación. Lo que queremos es llegar a la verdad completa enseguida, llegar a lo definitivo que no deja atrás ninguna duda ni oscuridad”.

Aquel Padre que Felipe desea conocer con todo su ser, es lo máximo de la felicidad, de la protección, de la ternura, del cumplimiento. Eso lo ha captado en la manera como Jesús se refiere a su Padre: lo llama Abbá en la oración, con un gran sentimiento de intimidad y de ternura.

Pero infelizmente, muchos hijos –adultos- oran este “*Muéstranos al Padre*”, pero tratando de pasar por alto cualquier mediación.

Son hijos que cargan con fuertes desilusiones con sus papás y sus mamás terrenas. Muchos incluso arrastran grandes heridas de sucesos del pasado en la familia: marcas dolorosas que les han generado inconsistencias y serios problemas en sus vivencias afectivas ya en la edad adulta.

Es por eso algunas personas incluso tienen dificultad para recitar un “Padre Nuestro”. El término “Padre” les sabe amargo. A propósito, no olvidemos que la figura de Dios Padre en la Biblia, que es el generador de vida por excelencia, contiene tanto el aspecto materno como paterno. Según la Biblia, Dios “Padre” no es una proyección de las paternidades terrenas, es al revés: la paternidad de Dios es una revelación que viene de lo alto y que purifica las malas experiencias terrenas.

Hay una tentación en la vida espiritual: pasar por alto los signos inciertos y poco descifrables de la carta que Dios Padre nos dirige a través de nuestros propios padres; nos habría gustado más bien que nos hubiera llegado una mensaje completo, perfecto, revelación total de la paternidad divina.

## 2. La respuesta de Jesús

¿Qué responde Jesús frente a este punto? ¿Cómo responde frente al deseo profundo y legítimo de sus discípulos de verle la cara a ese Padre de quien Jesús habla tanto y a quien le ora con tanto amor?

Jesús les responde con algo de tristeza: “*¿Tanto tiempo que estoy con vosotros y no me conoces Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: ‘Muestranos al Padre?’*” (14,9).

Hay que dejarse sorprender: ver a Jesús significa ver al Padre. Es claro, en el evangelio de Juan, que no es tanto un ver físico sino intuir el misterio de la persona de Jesús que nos muestra al Padre.

Pero Jesús dice todavía más. Aterrizza al discípulo para que no se pierda en abstracciones: “*El que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y hará mayores aún, porque yo voy al Padre*” (14,12).

Jesús acababa de decir: “*Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí*” (14,11). Y la prueba eran las obras: “*El Padre que permanece en mí es el que realiza las obras*” (14,10b). Pues bien, el mismo esquema vale también para el discípulo: quien ve las obras de un discípulo de Jesús ve a Jesús que muestra al Padre a través de la cotidianidad de cualquiera de nosotros.

Todo esto es posible gracias a una ausencia: al hecho de que Jesús ya esté habitando junto al Padre, que no es sino otro modo de su presencia. Una presencia que hay que captar aceptando su misterio a través de los signos. Así los cristianos tenemos una responsabilidad seria que es la de mostrarnos unos a los otros el rostro de Dios Padre a través de nuestro “hacer”, a través de las obras que realizamos todos los días.

## 3. Palabras que le da una nueva visión a la vida de familia

El deseo de ver al Padre que manifestó Felipe lo podemos encontrar a través de nuestros padres terrenos: hay que saber reconocerlo a través de ellos, no importa que haya alguna que otra sombra que todavía no hayamos comprendido en la historia de nuestras relaciones familiares.

Es importante que dejemos que nuestros padres sean signo de la paternidad de Dios, para lo cual hay verlos por encima de nuestras expectativas y dejando de lado nuestros juicios.

Antes de juzgar diciendo quizás que no fuimos suficiente amados como hijos, que no recibimos lo que creíamos merecer, lo primero que hay que hacer es hacer una aproximación a los papás con un respeto infinito y valorar más sus esfuerzos. Para entrar en ése ámbito, primero hay que renunciar a la agresividad y a los reclamos.

Entonces se verá que a través de ellos se me ha manifestado el Padre. Es como si se repitieran las palabras de Jesús: “*Quien me ha visto a mí ha visto al Padre*”. Veremos los destellos, no siempre evidentes, del rostro del Padre en ellos.

¿Qué tal si nos explicamos con una historia?

“Le sucedió a un hijo que hasta los 40 años le había repetido a sus familiares y amigos, e incluso se la había contado a su primer hijo pequeñito, la triste historia de su papá con cierto resentimiento. A todos les hacía sentir que no había sido amado. Pero un día cayó en cuenta de un recuerdo lejano que se le había quedado guardado en el corazón. Su papá, quien paraba poco en casa y que, cuando llegaba, lo hacía borracho, un día bendito, un día de lluvia, lo cargo y puso sus piecitos sobre sus propios zapatos - enormes para el niño- para ayudarlo a atravesar el charco de fango helado y así cruzar la calle. Y fue el calor de aquella mano que le acariciaba la nuca que se convirtió para él en signo de la presencia de Dios”.

***Cultivemos la semilla de la palabra en lo profundo del corazón***

1. ¿Qué provoca en mí la oración de Felipe: “***Señor, muéstranos al Padre y nos basta***”?
2. ¿La revisión de las relaciones con Jesús –en el ámbito de la última cena- qué otras relaciones fundamentales de mi historia personal me pide también que examine?
3. ¿Cómo se es “Papá” y “Mamá” en la escuela de Jesús?

*“Mi espejo ha de ser María.  
Puesto que soy su hija, debo parecerme a ella  
y así me pareceré a Jesús”  
(Santa Teresa de los Andes)*

P. Fidel Oñoro, eudista